

# EL MÉDICO A PALOS

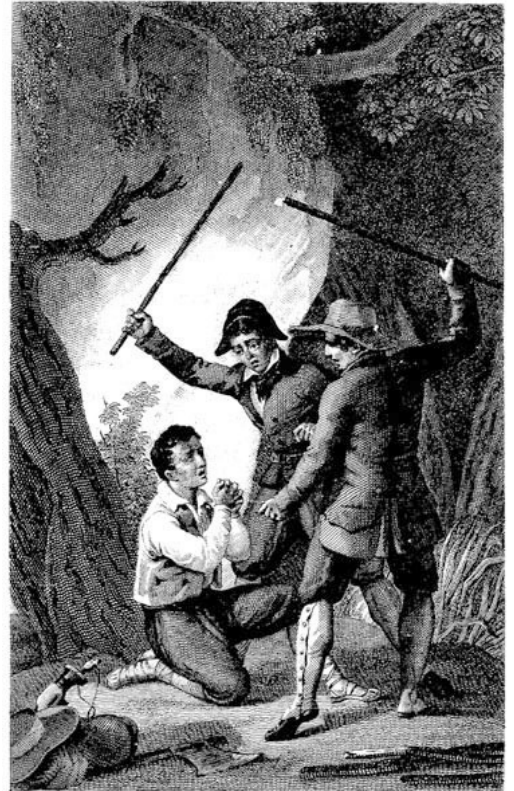
## Molière

En las ediciones francesas se advierte que la escena es en el campo; pero si por esto se entendiese unidad de lugar, sería equivocarse mucho. El primer acto de la comedia de *El médico a palos* debe representarse en un monte; los dos siguientes, en una sala de la casa de Don Jerónimo. Si Molière (que no es creíble) imaginó que la escena fuese constantemente la misma, no dispuso su fábula en términos de que pudiera verificarse; y si en el teatro se hiciese la prueba de no mudar la decoración, según se ha indicado, resultarían impropiedades demasiado absurdas. Esta comedia no admite unidad de lugar.

Nada resta que decir acerca de la traducción, sino que Moratín supo darla todo el aire de originalidad que necesitaba, para hacerla más agradable al público español que había de oírla; y en efecto, representada en el teatro de Barcelona el día 5 de diciembre de 1814, el concurso reconociendo la fuerza cómica de que abunda en la acción y el diálogo, unió a los elogios del poeta francés, los que le pareció que merecían las frecuentes infidelidades de su traductor.

Felipe Blanco dio mucha gracia y naturalidad al papel de Bartolo. Vicente Alfonso obtuvo general aceptación en el de Don Jerónimo, y Bárbara Fort, para quien era muy genial el de Martina, le desempeñó con inteligencia.

**PERSONAJES**  
**DON JERÓNIMO**  
**DOÑA PAULA**  
**LEANDRO**  
**ANDREA**  
**BARTOLO**  
**MARTINA**  
**GINÉS**  
**LUCAS**



La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular: con puerta en el foro, y otras dos a los lados.

La acción empieza a las once de la mañana, y se acaba a las cuatro de la tarde.

# Acto I

## Escena I

BARTOLO, MARTINA.

BARTOLO.- ¡Válgate Dios y qué durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte... **(Corta leña de un árbol inmediato al foro; deja después el hacha arrimada al tronco, se adelanta hacia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y eslabón, enciende un cigarro y se pone a fumar.)** ¡Mucho trabajo es este!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo, y no puedo más... Dejémoslo, y será lo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo, que esta triste vida, otro la ha de heredar... Allí viene mi mujer. ¿Qué traerá de bueno?

MARTINA.- **(Sale por el lado derecho del teatro.)** Holgazán, ¿qué haces ahí sentado, fumando, sin trabajar? ¿Sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar, y ya es cerca de medio día?

BARTOLO.- Anda, que si no es hoy, será mañana.

MARTINA.- Mira qué respuesta.

BARTOLO.- Perdóname, mujer. Estoy cansado y me senté un rato a fumar un cigarro.

MARTINA.- ¡Y que yo aguante a un marido tan poltrón y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO.- Poco a poco, mujer, si acabo de sentarme.

MARTINA.- Levántate.

BARTOLO.- Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA.- ¡Hombre sin vergüenza, sin atender a sus obligaciones! ¡Desdichada de mí!

BARTOLO.- ¡Ay, qué trabajo es tener mujer! Bien dice Séneca, que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA.- Miren qué hombre tan hábil para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO.- ¿Si soy hábil? A ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años a un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid* y más adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.- Malaya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.- Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.- Haragán, borracho.

BARTOLO.- Esposa, vamos poco a poco.

MARTINA.- Yo te haré cumplir con tu obligación.

BARTOLO.- Mira mujer, que me vas enfadando. **(Se levanta desperezándose, encamínase hacia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.)**

MARTINA.- ¿Y qué cuidado se me da a mí, insolente?

BARTOLO.- Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.- Cuba de vino.

BARTOLO.- Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.- Infame.

BARTOLO.- Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.- ¿A mí? Bribón, tunante, canalla, ¿a mí?

BARTOLO.- ¿Sí? Pues toma. **(Da de palos a MARTINA.)**

MARTINA.- ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

BARTOLO.- Éste es el único medio de que calles... Vaya: hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.- ¿Después de haberme puesto así?

BARTOLO.- ¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.- No quiero.

BARTOLO.- Vamos, hijita.

MARTINA.- No quiero, no.

BARTOLO.- Malayan mis manos que han sido causa de enfadar a mi esposa... Vaya, ven: dame un abrazo. **(Tira el palo a un lado y la abraza.)**

MARTINA.- ¡Si reventaras!

BARTOLO.- Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mía. Entre dos que se quieren, diez o doce garrotazos más o menos, no valen nada... Voy hacia el barranquitero, que ya tengo allí una porción de raíces; haré una carguilla, y mañana con la burra la llevaremos a Miraflores. **(Hace que se va y vuelve.)** Oyes, y dentro de poco hay feria en Buytrago; si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedras azules. **(Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. MARTINA se queda retirada a un lado, hablando entre sí.)**

MARTINA.- Anda, que tú me las pagarás... Verdad es que una mujer siempre tiene en su mano el modo de vengarse de su marido; pero es un castigo muy delicado para este bribón, y yo quisiera otro, otro que él sintiera más, aunque a mí no me agradase tanto.

## *Escena II*

MARTINA, GINÉS, LUCAS, **salen por la izquierda.**

LUCAS.- Vaya, que los dos hemos tomado una buena comisión... Y no sé yo todavía qué regalo tendremos por este trabajo.

GINÉS.- ¿Qué quieres, amigo Lucas? Es fuerza obedecer a nuestro amo; además que la salud de su hija a todos nos interesa... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... vaya, todo se lo merece.

LUCAS.- Pero, hombre, fuerte cosa es que los médicos que han ido a visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINÉS.- Su enfermedad bien a la vista está; el remedio es lo que necesitamos.

MARTINA.- **(Aparte.)** ¡Que no pueda yo imaginar alguna invención para vengarme!

LUCAS.- Veremos si este médico de Miraflores acierta con ello... Como no hayamos equivocado la senda...

MARTINA.- **(Aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.** Pues ello es preciso, que los golpes que acaba de darme los tengo en el corazón. Yo puedo olvidarlos...) Pero, señores, perdonen ustedes que no los había visto, porque estaba distraída.

LUCAS.- ¿Vamos bien por aquí a Miraflores?

MARTINA.- Sí señor. **(Señalando adentro, por el lado derecho.)** ¿Ve usted aquellas tapias caídas junto a aquel noguerón? Pues todo derecho.

GINÉS.- ¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA.- ¡Ay! Sí señor. Curaba en griego; pero hace dos días que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINÉS.- ¿Qué dice usted?

MARTINA.- Lo que usted oye. ¿Y para quién le iban ustedes a buscar?

LUCAS.- Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al río.

MARTINA.- ¡Ah, sí! La hija de Don Jerónimo. ¡Válgate Dios! Pues, ¿qué tiene?

LUCAS.- ¿Qué sé yo? Un mal que nadie le entiende del cual ha venido a perder el habla.

MARTINA.- ¡Qué lástima! Pues... **(Aparte, con expresión de complacencia.** ¡Ay qué idea me ocurre!) Pues mire usted, aquí tenemos el hombre más sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

GINÉS.- ¿De veras?

MARTINA.- Sí señor.

LUCAS.- ¿Y en dónde le podemos encontrar?

MARTINA.- Cortando leña en ese monte.

GINÉS.- Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARINA.- No señor. Es un hombre extravagante y lunático, va vestido como un pobre batán; hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dio.

GINÉS.- Cierto que es cosa admirable, que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algún ramo de locura, mezclada con su ciencia.

MARTINA.- La manía de este hombre es la más particular que se ha visto. No confesará su capacidad, a menos que no le muelan el cuerpo a palos; y así les aviso a ustedes, que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINÉS.- ¡Qué extraña locura!

LUCAS.- ¿Habrás visto hombre más original?

GINÉS.- ¿Y cómo se llama?

MARTINA.- Don Bartolo. Fácilmente le conocerán ustedes. Él es un hombre de corta estatura, morenillo, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrerillo redondo.

LUCAS.- No se me despintará, no.

GINÉS.- ¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA.- ¿Curas dice usted? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre mujer, ya iban a enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle, por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó a la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de yo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre, cantando el frondoso.

GINÉS.- ¿Es posible?

MARTINA.- Como que yo lo vi. Mire usted, aún no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues, señor, llamaron a don Bartolo, él no quería ir allá; pero mediante una buena paliza, lograron que fuese. Sacó un cierto unguento que llevaba en un pucherete y con una pluma le fue untando, al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pie, y se fue corriendo a jugar a la rayuela con los otros chicos.

LUCAS.- Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos a buscarle.

MARTINA.- Pero, sobre todo, acuérdense ustedes de la advertencia de los garrotazos.

GINÉS.- Ya, ya estamos en eso.

MARTINA.- Allí debajo de aquel árbol hallarán ustedes cuantas estacas necesiten.

LUCAS.- ¿Sí? Voy por un par de ellas. **(Coge el palo que dejó en el suelo BARTOLO, va hacia el foro y coge otro, vuelve, y se le da a GINÉS.)**

GINÉS.- ¡Fuerte cosa es, que haya de ser preciso valerse de este medio!

MARTINA.- Y si no, todo será inútil. **(Hace que se va, y vuelve.)** ¡Ah!, otra cosa: cuiden ustedes de que no se les escape, porque corre como un gamo, y si les coge a ustedes la delantera, no le vuelven a ver en su vida. **(Mirando hacia dentro a la parte del foro.)** Pero, me parece que viene. Sí, aquél es. Yo me voy, hablemle ustedes, y si no quiere hacer bondad, menudito en él. Adiós señores.

### *Escena III*

GINÉS, LUCAS.

LUCAS.- Fortuna ha sido haber hallado a esta mujer. Pero, ¿no ves qué traza de médico aquella? **(Los dos miran hacia el foro.)**

GINÉS.- Ya lo veo... Mira, retirémonos uno a un lado, y otro a otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?

LUCAS.- Sí.

GINÉS.- Y sólo en el caso de que absolutamente sea preciso...

LUCAS.- Bien... Entonces me haces una seña, y le ponemos como nuevo.

GINÉS.- Pues, apartémonos, que ya llega. **(Ocúltanse a los dos lados del teatro.)**

#### *Escena IV*

GINÉS, LUCAS, BARTOLO sale del monte, con el hacha y las alforjas al hombro, cantando; siéntase en el suelo en medio del teatro y saca de las alforjas una bota.

BARTOLO.- En el alcázar de Venus,  
junto al Dios de las planetas,  
en la gran Constantinopla,  
allá en la casa de Meca;  
donde el gran Sultán Bajá,  
imperio de tantas fuerzas,  
aquel alcorán que todas  
le pagan tributo en perlas  
rey de setenta y tres reyes  
de siete imperios... **(Bebe.)**  
De siete imperios cabeza,  
este tal tiene una hija  
que es del imperio heredera.

**(Vuelve a beber, va a poner la bota al lado por donde sale LUCAS, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. BARTOLO, sospechando que es para quitarle la bota, va a ponerla al otro lado a tiempo que sale GINÉS haciendo lo mismo que LUCAS. BARTOLO pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.)** Arre allá diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... ¡Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos, porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINÉS.- ¿Es usted un caballero que se llama el señor don Bartolo?

BARTOLO.- ¿Y qué?

GINÉS.- ¿Qué si se llama usted don Bartolo?

BARTOLO.- No, y sí, conforme lo que ustedes quieran.

GINÉS.- Queremos hacerle a usted cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO.- Si así es, yo me llamo don Bartolo. **(Quítase el sombrero y le deja a un lado.)**

LUCAS.- Pues con toda cortesía...

GINÉS.- Y con la mayor reverencia...

LUCAS.- Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINÉS.- Y con todo respeto, y con la veneración más humilde...

BARTOLO.- **(Aparte.)** Parecen Arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINÉS.- Pues, señor, venimos a implorar su auxilio de usted, para una cosa muy importante.

BARTOLO.- ¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS.- Favor que usted nos hace... Pero, cúbrase usted, que el sol le incomodará.

LUCAS.- Vaya, señor, cúbrase usted.

BARTOLO.- Vaya, señores, ya estoy cubierto... **(Pónese el sombrero, y los otros también.)** ¿Y ahora?

GINÉS.- No extrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de usted, y de su...

BARTOLO.- Es verdad; como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LUCAS.- Señor...

BARTOLO.- Si ha de ser de encina, no la daré menos de a dos reales la carga.

GINÉS.- Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO.- La de pino la daré más barata. La de raíces, mire usted...

GINÉS.- ¡Oh, señor! Eso es hurtarse.

LUCAS.- Suplico a usted que hable de otro modo.

BARTOLO.- Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me explico.

GINÉS.- ¡Un sujeto como usted ha de ocuparse en ejercicios tan groseros! ¡Un hombre tan sabio! ¡Tan insigne médico! ¿No ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO.- ¿Quién, yo?

GINÉS.- Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO.- Usted será el médico y toda su generación, que yo en mi vida lo he sido. **(Aparte.)** Borrachos están.

LUCAS.- ¿Para qué es excusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO.- Pero, en suma, ¿quién soy yo?

GINÉS.- ¿Quién? Un gran médico.

BARTOLO.- ¡Qué disparate! **(Aparte.)** ¿No digo que están bebidos?

GINÉS.- Conque, vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO.- Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.

LUCAS.- Al cabo me parece que será necesario... **(Mirando a GINÉS.)** ¿Eh?

GINÉS.- Yo creo que sí.

LUCAS.- En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINÉS.- Mire usted que se lo decimos por su bien.

LUCAS.- Confíese usted, con mil demonios, que es médico y acabemos.

BARTOLO.- **(Impaciente.)** ¡Yo rabio!

GINÉS.- ¿Para qué es fingir, si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO.- Pues, digo a ustedes, que no soy médico. **(Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban y se le acercan, disponiéndose para apalearle.)**

GINÉS.- ¿No?

BARTOLO.- No señor.

LUCAS.- ¿Conque no?

BARTOLO.- El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS.- Pues, amigo, con su buena licencia de usted, tendremos que valernos del remedio consabido... Lucas.

LUCAS.- Ya, ya.

BARTOLO.- ¿Y qué remedio dice usted?

LUCAS.- Éste. **(Danle de palos; cogiéndole siempre las vueltas, para que no se escape.)**

BARTOLO.- ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!... **(Quitándose el sombrero.)** Basta, que yo soy médico, y todo lo que ustedes quieran.

GINÉS.- Pues, bien, ¿para qué nos obliga usted a esta violencia?

LUCAS.- ¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle a garrotazos?

BARTOLO.- El trabajo es para mí que los llevo... Pero, señores, vamos claros. ¿Qué es esto? ¿Es una humorada, o están ustedes locos?

LUCAS.- ¿Aún no confiesa usted que es doctor en medicina?

BARTOLO.- No señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINÉS.- ¿Conque no es usted médico?... Lucas.

LUCAS.- ¿Conque no? **(Vuelven a darle de palos.)** ¿Eh?

BARTOLO.- ¡Ay!, ¡ay! ¡Pobre de mí! **(Pónese de rodillas, juntando las manos, en ademán de súplica.)** Sí que soy médico. Sí señor.

LUCAS.- ¿De veras?

BARTOLO.- Sí señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albéitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS.- **(Levántanle cariñosamente entre los dos.)** Me alegro de verle a usted tan razonable.

LUCAS.- Ahora sí que parece usted hombre de juicio.

BARTOLO.- **(Aparte.)** ¡Maldita sea vuestra alma!... ¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

GINÉS.- ¡No hay que arrepentirse! A usted se le pagará muy bien su asistencia y quedará contento.

BARTOLO.- Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS.- Certísimo.

BARTOLO.- ¿Seguro?

GINÉS.- Sin duda ninguna.

BARTOLO.- Pues, lléveme el diablo, si yo sabía tal cosa.

GINÉS.- ¿Pues cómo? ¿Siendo el profesor más sobresaliente que se conoce?

BARTOLO.- **(Riéndose.)** ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

GINÉS.- Un médico que ha curado no sé cuántas enfermedades mortales.

BARTOLO.- **(Con ironía.)** ¡Válgame Dios!

LUCAS.- Una mujer que estaba ya enterrada...

GINÉS.- Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla...

BARTOLO.- ¿También le curé?

LUCAS.- También.

GINÉS.- Conque, buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir a una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. Usted estará allí, y comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO.- ¿Me traerán en palmitas?

LUCAS.- Sí señor, y acabada la curación le darán a usted que sé yo cuánto dinero.

BARTOLO.- Pues, señor, vamos allá. ¿En palmitas, y qué sé yo cuánto dinero?... Vamos allá.

GINÉS.- Recóglele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO.- No, poco a poco. **(LUCAS recoge las alforjas y el hacha. BARTOLO le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.)** La bota conmigo.

GINÉS.- Pero, señor, ¡un doctor en medicina con bota!

BARTOLO.- No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... **(Apartándose a un lado, medita y habla entre sí. Después con ellos.)** La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico me volverán a sacudir el bulto, y si lo soy, me le sacudirán también... Pero, díganme ustedes. ¿Les parece que este traje rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS.- No hay que afligirse. Antes de presentarle a usted, le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO.- **(Aparte.)** Si a lo menos pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decía ni amo a los enfermos..., saldría del apuro.

GINÉS.- Mira que se quiere escapar.

LUCAS.- Señor don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO.- **(Aparte.)** Aquel libro de *vocabulorum*, que llevaba el chico al aula. ¡Aquél sí que era bueno!

GINÉS.- Vaya, basta de meditación.

LUCAS.- ¿Será cosa de que otra vez?... **(En ademán de volverle a dar.)**

BARTOLO.- ¡Qué! No soñar. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos. **(Los dos le cogen en medio y se van con él por la izquierda del teatro.)**

## Acto II

### Escena I

DON JERÓNIMO, LUCAS, GINÉS, ANDREA

DON JERÓNIMO.- ¿Conque decís que es tan hábil?

LUCAS.- Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINÉS.- Hace curas maravillosas.

LUCAS.- Resucita muertos.

GINÉS.- Sólo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

DON JERÓNIMO.- Me dejáis aturdido con esa relación. Ya tengo impaciencia de verle. Ve por él Ginés.

LUCAS.- Vistiéndose quedaba. Toma la llave, y no te apartes de él. **(Le da una llave a GINÉS, el cual se va por la puerta del lado derecho.)**

DON JERÓNIMO.- Que venga, que venga presto.

### Escena II

DON JERÓNIMO, ANDREA, LUCAS

ANDREA.- ¡Ay, señor amo! Que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece a mí que no hacemos nada.

DON JERÓNIMO.- ¿Por qué?

ANDREA.- Porque Doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido, eso la conviene; lo demás es andarse por las ramas. ¿Le parece a usted que ha de curarse con ruibarbo, y jalapa, y tinturas, y cocimientos, y potingues, y porquerías, que no sé como no ha perdido ya el estómago? No señor, con un buen marido sanará perfectamente.

LUCAS.- Vamos, calla, no hables tonterías.

DON JERÓNIMO.- La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

ANDREA.- ¡Niña! Sí, cáselo usted y verá si es niña.

DON JERÓNIMO.- Más adelante no digo que...

ANDREA.- Boda, boda, y aflojar el dote, y...

DON JERÓNIMO.- ¿Quieres callar, habladora?

ANDREA.- **(Aparte.** Allí le duele...) Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brebajes por la ventana, y llamar al novio; que ése la pondrá buena.

DON JERÓNIMO.- ¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En dónde está ese novio?

ANDREA.- ¡Qué presto se le olvidan a usted las cosas! ¿Pues qué, no sabe usted que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? ¿No lo sabe usted?

DON JERÓNIMO.- La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenía ocho o diez años no le he vuelto a ver... Y ya sé que anda por aquí acechando y rondándome la casa; pero como yo le llegué a pillar... Bien que lo mejor será escribir a su tío para que le recoja, y se le lleve a Buytrago, y allí se le tenga. ¡Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! ¡Con un mancebito que acaba de salir de la universidad muy atestada de Vinios la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo!

ANDREA.- Su tío, que es muy rico, que es muy amigo de usted, que quiere mucho a su sobrino, y que no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con el dote que usted dará a su ama, y con lo que...

DON JERÓNIMO.- Vete al instante de aquí, lengua de demonio.

ANDREA.- **(Aparte.)** Allí le duele.

DON JERÓNIMO.- Vete.

ANDREA.- Ya me iré, señor.

DON JERÓNIMO.- Vete, que no te puedo sufrir.



LUCAS.- ¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla, y no desazones al amo, mujer, calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados ajenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor, no tiene remedio.

DON JERÓNIMO.- Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS.- El médico viene.

### *Escena III*

BARTOLO, GINÉS, DON JERÓNIMO, LUCAS, ANDREA

**Salen por la derecha GINÉS y BARTOLO, éste, vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos, y bastón.**

GINÉS.- Aquí tiene usted, señor Don Jerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

DON JERÓNIMO.- Me alegro mucho de ver a usted y de conocerle, señor doctor. **(Se hacen cortesías uno a otro, con el sombrero en la mano.)**

BARTOLO.- Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

DON JERÓNIMO.- ¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO.- Sí señor.

DON JERÓNIMO.- ¿Y en qué capítulo?

BARTOLO.- En el capítulo de los sombreros.

DON JERÓNIMO.- Pues, si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer. **(Los dos se ponen el sombrero.)**

BARTOLO.- Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

DON JERÓNIMO.- ¿Con quién habla usted?

BARTOLO.- Con usted.

DON JERÓNIMO.- ¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.- ¿No?

DON JERÓNIMO.- No señor.

BARTOLO.- ¿No? Pues ahora verás lo que te pasa. **(Arremete hacia él con el bastón levantado, en ademán de darle de palos. Huye DON JERÓNIMO; los criados se ponen de por medio, y detienen a BARTOLO.)**

DON JERÓNIMO.- ¿Qué hace usted, hombre?

BARTOLO.- Yo te haré que seas médico a palos, que así se gradúan en esta tierra.

DON JERÓNIMO.- Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habéis traído aquí?

GINÉS.- ¿No le dije a usted que era muy chancero?

DON JERÓNIMO.- Sí, pero que vaya a los infiernos con esas chanzas.

LUCAS.- No le dé a usted cuidado. Si lo hace por reír.

GINÉS.- Mire usted, señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que usted ha de curar.

BARTOLO.- ¿El señor es su padre? ¡Oh!, perdone usted, señor padre, esta libertad que...

DON JERÓNIMO.- Soy de usted.

BARTOLO.- Yo siento...

DON JERÓNIMO.- No, no ha sido nada... **(Aparte. ¡Maldita sea tu casta!...)** Pues, señor, vamos al asunto. **(Saca la caja, se la presenta a BARTOLO y él toma un polvo con afectada gravedad.)** Yo tengo una hija muy mala...

BARTOLO.- Muchos padres se quejan de lo mismo.

DON JERÓNIMO.- Quiero decir que está enferma.

BARTOLO.- Ya, enferma.

DON JERÓNIMO.- Sí señor.

BARTOLO.- Me alegro mucho.

DON JERÓNIMO.- ¿Cómo?

BARTOLO.- Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia; y ojalá que usted, y toda su familia, estuviesen a las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y alivio.

DON JERÓNIMO.- Viva usted mil años, que yo le estimo su buen deseo.

BARTOLO.- Hablo ingenuamente.

DON JERÓNIMO.- Ya lo conozco.

BARTOLO.- ¿Y cómo se llama su niña de usted?

DON JERÓNIMO.- Paulita.

BARTOLO.- ¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... Y esta doncella, ¿quién es?

DON JERÓNIMO.- Esta doncella es mujer de aquél. (**Señalando a LUCAS.**)

BARTOLO.- ¡Oiga!

DON JERÓNIMO.- Sí señor... Voy a hacer que salga aquí la chica para que usted la vea.

ANDREA.- Durmiendo quedaba.

DON JERÓNIMO.- No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

GINÉS.- Allá voy. (**Vanse los dos por la izquierda.**)

#### *Escena IV*

BARTOLO, ANDREA, LUCAS

BARTOLO.- (**Se acerca a ANDREA, con ademanes y gestos expresivos.**) ¿Conque usted es mujer de ese mocito?

ANDREA.- Para servir a usted.

BARTOLO.- ¡Y qué frescota es! Y que... Regocijo da el verla... ¡Hermosa boca tiene!... ¡Ay! Qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa!... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos más habladores, ni más traviesos.

LUCAS.- (**Aparte.** ¡Habrá demonio de hombre! ¡Pues no la está requebrando el maldito!...) Vaya, señor doctor, mude usted de conversación, porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone usted a decir arrumacos a mi mujer? Yo no sé cómo no cojo un garrote y le... (**Mirando por el teatro si hay algún palo. BARTOLO le detiene.**)

BARTOLO.- Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

LUCAS.- Pues, cuenta con ella.

ANDREA.- Yo reviento de risa. (**Encaminándose a recibir a DOÑA PAULA, que sale por la puerta de la izquierda, con DON JERÓNIMO y GINÉS.**)

#### *Escena V*

DON JERÓNIMO, DOÑA PAULA, GINÉS, LUCAS, BARTOLO, ANDREA

DON JERÓNIMO.- Anímate, hija mía, que yo confío en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Ésta es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas. (**Traen sillas los criados. DOÑA PAULA se sienta en una poltrona, entre BARTOLO y su padre. Los criados detrás, en pie.**)

BARTOLO.- ¿Conque ésta es su hija de usted?

DON JERÓNIMO.- No tengo otra, y si se me llegara a morir me volvería loco.

BARTOLO.- Ya se guardará muy bien. ¿Pues qué, no hay más que morirse sin licencia del médico? No señor, no se morirá... Vean ustedes aquí una enferma que tiene un semblante, capaz de hacer perder la chaveta al hombre más tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro a usted... ¡Bonita cara tiene!

DOÑA PAULA.- ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

DON JERÓNIMO.- Vaya, gracias a Dios que se ríe la pobrecita.

BARTOLO.- ¡Bueno! ¡Gran señal! ¡Gran señal! Cuando el médico hace reír a las enfermas es linda cosa... Y bien, ¿qué la duele a usted?

DOÑA PAULA.- Ba, ba, ba, ba.

BARTOLO.- ¿Eh? ¿Qué dice usted?

DOÑA PAULA.- Ba, ba, ba.

BARTOLO.- Ba, ba, ba, ba. ¿Qué diantre de lengua es ésa? Yo no entiendo palabra.

DON JERÓNIMO.- Pues ése es su mal. Ha venido a quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted qué desconsuelo para mí.

BARTOLO.- ¡Qué bobería! Al contrario, una mujer que no habla es un tesoro. La mía no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaría muy bien de curarla.

DON JERÓNIMO.- A pesar de eso, yo le suplico a usted que aplique todo su esmero al fin de aliviarla y quitarla su impedimento.

BARTOLO.- Se la aliviará, se la quitará, pierda usted cuidado. Pero, es curación que no se hace así como quiera. ¿Come bien?

DON JERÓNIMO.- Sí señor, con bastante apetito.

BARTOLO.- ¡Malo!... ¿Duerme?

ANDREA.- Sí señor, unas ocho o nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO.- ¡Malo!... ¿Y la cabeza la duele?

DON JERÓNIMO.- Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BARTOLO.- ¿No? ¡Malo!... Venga el pulso... Pues, amigo, este pulso indica... ¡Claro! Está claro.

DON JERÓNIMO.- ¿Qué indica?

BARTOLO.- Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

DON JERÓNIMO.- ¿Secuestrada?

BARTOLO.- Sí por cierto; pero, buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

DON JERÓNIMO.- Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.- Este accidente ha podido proceder y procede, (según la más recibida opinión de los autores) de habérsela interrumpido a mi señora Doña Paulita el uso expedito de la lengua.

DON JERÓNIMO.- ¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS.- ¿No se lo dijimos a usted?

ANDREA.- Pues a mí me parece un macho.

LUCAS.- Calla.

DON JERÓNIMO.- Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

BARTOLO.- Se puede y se debe hacer... El pulso... **(Tomando el pulso a DOÑA PAULA.)** Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

JERÓNIMO.- ¿Y qué dijo?

BARTOLO.- Cosas divinas... La otra... **(La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.)** A ver la lengüecita... ¡Ay, qué monería!... Digo... ¿Entiende usted el latín?

DON JERÓNIMO.- No señor, ni una palabra.

BARTOLO.- No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus. Amarylida sylvas.* Que quiere decir que esta falta de coagulación en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores... acres, proclives, espontáneos, y corruptentes. Porque, como los vapores que se elevan de la región... ¿Están ustedes?

ANDREA.- Sí señor, aquí estamos todos.

BARTOLO.- De la región lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, al derecho en que está el corazón, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo; de aquí es, según la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria) que la malignidad de dichos vapores... ¿Me explico?

DON JERÓNIMO.- Sí señor, perfectamente.

BARTOLO.- Pues, como digo; supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo, doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua...* ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

DON JERÓNIMO.- Cuanto hay que decir.

GINÉS.- Es mucho hombre éste.

DON JERÓNIMO.- Sólo he notado una equivocación en lo que...

BARTOLO.- ¿Equivocación? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

DON JERÓNIMO.- Creo que dijo usted que el corazón está al lado derecho y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.- ¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Sí señor, antiguamente así sucedía; pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

DON JERÓNIMO.- Perdone usted si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.- Ya está usted perdonado. Usted no sabe latín, y por consiguiente, está dispensado de tener sentido común.

DON JERÓNIMO.- ¿Y qué le parece a usted que deberemos hacer con la enferma?

BARTOLO.- Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas... Bien que eso yo mismo lo haré... Y después, tomará de media en media hora, una gran sopa en vino.

ANDREA.- ¡Qué disparate!

DON JERÓNIMO.- ¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO.- ¡Ay, amigo, y qué falta le hace a usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática que simpatiza y absorbe el tejido celular, y la piamáter, y hace hablar a los mudos.

DON JERÓNIMO.- Pues no lo sabía.

BARTOLO.- Si usted no sabe nada.

DON JERÓNIMO.- Es verdad que no he estudiado, ni...

BARTOLO.- ¿Pues no ha visto usted, pobre hambre?, ¿no ha visto usted como a los patos los atracan de pan mojado en vino?

DON JERÓNIMO.- Sí señor.

BARTOLO.- ¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos también a Doña Paulita, y dentro de muy poco hablará más que siete papagayos.

DON JERÓNIMO.- Algún ángel le ha traído a usted a mi casa, señor doctor; vamos, hijita que ya querrás descansar... Al instante vuelvo señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

BARTOLO.- Don Bartolo.

DON JERÓNIMO.- Pues así que la deje acostada seré con usted, señor don Bartolo... **(Se levantan los tres.)** Ayuda aquí, Andrea... Despacito.

BARTOLO.- Tápala bien, no se resfríe. Adiós, señorita.

DOÑA PAULA.- Ba, ba, ba, ba.

DON JERÓNIMO.- **(Hace que se va acompañando a DOÑA PAULA, y vuelve a hablar aparte con LUCAS.)** Lucas, ve al instante y adereza el cuarto del señor: bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofaina, la toalla; en fin, que no falte cosa ninguna... ¿Estás?

LUCAS.- Sí señor. **(Vase por la puerta de la derecha.)**

DON JERÓNIMO.- Vamos, hija mía. **(Vanse DON JERÓNIMO, DOÑA PAULA, ANDREA y GINÉS, por la puerta de la izquierda.)**

BARTOLO.- Yo sudo... En mi vida me he visto más apurado... ¡Si es imposible que esto pare en bien, imposible!... Veré si ahora, que todos andan por allá dentro, puedo... Y si no, mal estamos... En las espaldas siento una desazón que no me deja... Y no es por los palos recibidos; sino por los que aún me falta que recibir. **(Vase por la parte del lado derecho.)**

## Acto III

### Escena I

BARTOLO sale sin sombrero, ni bastón, por la derecha. DON JERÓNIMO

BARTOLO.- Pues, señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡Ay, pobre Bartolo!... **(Paseándose inquieto por el teatro.)** Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

DON JERÓNIMO. **(Sale por la izquierda.)** No ha habido forma de poderla reducir a que se acueste. Ya la están preparando la sopa en vino que usted mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO.- No hay que dudar: el resultado será felicísimo.

DON JERÓNIMO.- Usted, amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe; y entre tanto, quiero que tenga usted la bondad de recibir estas escuditos. **(Saca la bolsa y toma de ella algunos escuditos.)**

BARTOLO.- No se hable de eso.

DON JERÓNIMO.- Hágame usted este favor.

BARTOLO.- No hay que tratar de la materia.

DON JERÓNIMO.- Vamos, que es preciso.

BARTOLO.- Yo no lo hago por el dinero.

DON JERÓNIMO.- Lo creo muy bien; pero, sin embargo...

BARTOLO.- ¿Y son de los nuevos?

DON JERÓNIMO.- Sí señor.

BARTOLO.- Vaya, una vez que son de los nuevos, los tomaré. **(Los toma y se los guarda.)**

DON JERÓNIMO.- Ahora bien, quede usted con Dios, que voy a ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

### Escena II

LEANDRO sale por la puerta de la derecha, recatándose. BARTOLO

LEANDRO.- Señor doctor, yo vengo a implorar su auxilio de usted espero que...

BARTOLO.- Veamos el pulso... **(Tomando el pulso, con gestos de displicencia.)** Pues no me gusta nada... ¿Y qué siente usted?

LEANDRO.- Pero, si yo no vengo a que usted me cure; si yo no padezco ningún achaque.

BARTOLO.- **(Con despego.)** ¿Pues a qué diablos viene usted?

LEANDRO.- A decirle a usted, en dos palabras, que ya soy Leandro.

BARTOLO.- ¿Y qué se me da a mí de que usted se llame Leandro o Juan de las viñas? **(Alzando la voz. LEANDRO le habla en tono bajo y misterioso.)**

LEANDRO.- Diré a usted. Yo estoy enamorado de Doña Paulita, ella me quiere; pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo a suplicarle a usted, que me proporcione una ocasión, un pretexto para hablarla y...

BARTOLO.- Que es decir en castellano: que yo haga de alcahuete. **(Irritado, y alzando más la voz.)** ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!... Quítese usted de ahí.

LEANDRO.- Señor.

BARTOLO.- ¡Es mucha insolencia, caballerito!

LEANDRO.- Calle usted, señor, no grite usted.

BARTOLO.- Quiero gritar... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO.- Por Dios, señor doctor.

BARTOLO.- ¿Yo alcahuete? Agradezca usted que... **(Se pasea inquieto.)**

LEANDRO.- ¡Válgame Dios, qué hombre!... Probemos a ver si... (**Saca un bolsillo, y al volverse BARTOLO, se le pone en la mano: él le toma, le guarda, y bajando la voz, habla confidencialmente con LEANDRO.**)

BARTOLO.- ¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.- Tome usted... Y le pido perdón de mi atrevimiento.

BARTOLO.- Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.- Confieso que erré y que anduve un poco...

BARTOLO.- ¿Qué errar? ¡Un sujeto como usted! ¡Qué disparate! Vaya, con que...

LEANDRO.- Pues, señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere pasarla por no sobar el dote. Se ha fingido enferma; han venido varios médicos a visitarla, la han recetado cuántas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir, y por último hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.- ¿Conque todo ello es una farándula?

LEANDRO.- Sí señor.

BARTOLO.- ¿El padre le conoce a usted?

LEANDRO.- No señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.- ¿Y ella le quiere a usted? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.- ¡Oh!, de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.- ¿Y los criados?

LEANDRO.- Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa. Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, a lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.- Pues, bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con Doña Paulita.

LEANDRO.- ¿De veras?

BARTOLO.- Cuando yo lo digo.

LEANDRO.- ¿Sería posible?

BARTOLO.- ¿No le he dicho a usted que sí? Le casaré a usted con ella, con su padre, y con toda su parentela... Yo diré que es usted... boticario.

LEANDRO.- Pero, si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.- No le dé a usted cuidado, que lo mismo me sucede a mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.- ¿Conque no es usted médico?

BARTOLO.- No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero, con examen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora, lo que importa es que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré a su tiempo.

LEANDRO.- Bien está, y espero que usted... (**Vase por la puerta de la derecha.**)

BARTOLO.- Vaya usted con Dios.

### **Escena III**

**ANDREA sale por la izquierda. BARTOLO, LUCAS**

ANDREA.- Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar a usted desairado, porque...

BARTOLO.- Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demás importa seis maravedís, y como yo te cure a ti, más que se muera todo el género humano. (**Sale por la derecha LUCAS; va acercándose detrás de BARTOLO y escucha.**)

ANDREA.- Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO.- Pues, mira, lo mejor será curar a tu marido... ¡Qué bruto es, y qué celoso tan impertinente!

ANDREA.- ¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO.- ¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gánapiro, este cuerpecito gracioso? (**Se encamina a ella con los brazos abiertos, en ademán de abrazarla. ANDREA se va retirando, LUCAS**

**agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de BARTOLO, vuélvese de cara hacia él, y quedan abrazados los dos. ANDREA se va riendo, por la puerta del lado izquierdo.)**

LUCAS.- ¿No le he dicho a usted, señor doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho a usted?

BARTOLO.- Pero, hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS.- Vete tú de ahí... Con malicia o sin ella, le he de abrir a usted la cabeza de un trancazo, si vuelve a alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO.- Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS.- Cuidarlo conmigo... **(Le da un envión al tiempo de desasirse de él.)** ¡Se habrá visto mico más enredador!

#### *Escena IV*

DON JERÓNIMO **sale por la izquierda.** BARTOLO, LUCAS, LEANDRO

DON JERÓNIMO.- ¡Ay, amigo don Bartolo!, que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.- ¡Bueno, eso es bueno! Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo... **(Llama, encarándose a la puerta del lado derecho.)** Digo, Don Casimiro, Don Casimiro.

LEANDRO.- **(Desde adentro.)** Señor.

BARTOLO.- Don Casimiro.

LEANDRO.- **(Sale.)** ¿Qué manda usted?

DON JERÓNIMO.- ¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.- Un excelente didascálico... Boticario que llaman ustedes... Eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar a la enferma.

DON JERÓNIMO.- Mire usted qué decaída está.

BARTOLO.- No importa, va a sanar muy pronto.

#### *Escena V*

DOÑA PAULA, ANDREA, GINÉS, **salen por la puerta de la izquierda.** DON JERÓNIMO, BARTOLO, LEANDRO, LUCAS

BARTOLO.- Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien y luego hablaremos.

DON JERÓNIMO.- ¿Conque en efecto es mozo de habilidad? ¿Eh? **(Va LEANDRO, y habla en secreto con DOÑA PAULA, haciendo que la pulsa. ANDREA tercia en la conversación. Quedan distantes a un lado BARTOLO y DON JERÓNIMO, y a otro GINÉS y LUCAS.)**

BARTOLO.- No se ha conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolís de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece a usted que le he hecho venir?

DON JERÓNIMO.- Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO.- ¿Qué ha de ser rana? No señor, si es un hombre que se pierde de vista.

DOÑA PAULA.- Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

DON JERÓNIMO.- ¿Qué? **(Volviéndose hacia donde está su hija.)** ¿Si será ilusión mía?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.- Sí señor, tres o cuatro palabras ha dicho.

DON JERÓNIMO.- ¡Bendito sea Dios! ¡Hija mía! **(Abraza a DOÑA PAULA, y vuelve lleno de alegría hacia BARTOLO, el cual se pasea lleno de satisfacción.)** ¡Médico admirable!

BARTOLO.- ¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver a toda la veterinaria, junta y entera, a ver qué hacía.

DON JERÓNIMO.- Conque Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es verdad? (**Vuelve a hablar con su hija, y la trae de la mano.**) Vaya, di alguna cosa.

GINÉS.- (**Aparte a LUCAS.**) Aquí me parece que hay gato encerrado... ¿Eh?

LUCAS.- Tú, calla, y déjalo estar.

DOÑA PAULA.- Sí padre mío, he recobrado el habla para decirle a usted que amo a Leandro, y que quiero casarme con él.

DON JERÓNIMO.- Pero, si...

DOÑA PAULA.- Nada puede cambiar mi resolución.

DON JERÓNIMO.- Es que...

DOÑA PAULA.- De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso, sin excusas ni dilaciones.

DON JERÓNIMO.- Pero, hija mía, el tal Leandro es un pobretón...

DOÑA PAULA.- Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

DON JERÓNIMO.- ¡Pero qué borbotón de palabras la ha venido de repente a la boca!... Pues, hija mía, no hay que cansarse. No será.

DOÑA PAULA.- Pues cuente usted conque ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperación.

DON JERÓNIMO.- ¡Qué es lo que me pasa! (**Moviéndose de un lado a otro, agitado y colérico.**

DOÑA PAULA **se retira hacia el foro, y habla con LEANDRO y ANDREA.**) Señor doctor, hágame usted el gusto de volvérmela a poner muda.

BARTOLO.- Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente para servirle a usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

DON JERÓNIMO.- Lo estimo infinito... ¿Pero, piensas tú, hija inobediente, que...? (**Encaminándose hacia DOÑA PAULA. BARTOLO le contiene.**)

BARTOLO.- No hay que irritarse, que todo se echará a perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya a coger un rato el aire por el jardín, y verá usted como poco a poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya usted a acompañarla, don Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.- Como usted mande, señor doctor. Vamos señorita.

DOÑA PAULA.- Vamos enhorabuena.

DON JERÓNIMO.- Id vosotros también. (**A LUCAS y GINÉS, los cuales, con DOÑA PAULA, LEANDRO y ANDREA, se van por la puerta del foro.**)

## **Escena VI**

DON JERÓNIMO, BARTOLO

DON JERÓNIMO.- ¡Vaya, vaya que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.- Ésa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenía cuando enmudeció, fue sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, o Leandro; o como se llama. Cogiola el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porción de palabras, y hasta que todas las vacié y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

DON JERÓNIMO.- ¿Qué dice usted? Pues me convence esa reflexión. (**Saca la caja DON JERÓNIMO, y él y BARTOLO toman tabaco.**)

BARTOLO.- ¡Oh!, y si usted supiera un poco de numismática lo entendería mucho mejor... Venga un polvo.

DON JERÓNIMO.- Conque luego que haya desocupado...

BARTOLO.- No lo dude usted... Es una evacuación, que nosotros llamamos, *tricolos tetrástrofos*.

## **Escena VII**



LUCAS, ANDREA, GINÉS, **van saliendo todos tres por la puerta del foro.** DON JERÓNIMO, BARTOLO

GINÉS.- Señor amo.

LUCAS.- Señor Don Jerónimo... ¡Ay, qué desdicha!

ANDREA.- ¡Ay, amo mío de mi alma que se la llevan!

DON JERÓNIMO.- Pero, ¿qué se llevan?

LUCAS.- El boticario no es boticario.

GINÉS.- Ni se llama don Casimiro.

ANDREA.- El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada a la señorita.

DON JERÓNIMO.- ¿Qué dices? ¡Pobre de mí! ¿Y vosotros, brutos, habéis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.- No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

DON JERÓNIMO.- ¿Y este pícaro de médico?

BARTOLO.- **(Aparte lleno de miedo.)** Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

DON JERÓNIMO.- Este bribón, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.- Ahí había una larga de tender ropa.

LUCAS.- Sí, sí, ya sé dónde está. Voy por ella. **(Vase por la izquierda, y vuelve al instante, con una sogá muy larga.)**

DON JERÓNIMO.- Me la has de pagar... Pero, ¿hacia dónde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.- Yo creo que se habrán ido par la huerta del jardín que sale al campo.

LUCAS.- Aquí está la sogá.

DON JERÓNIMO.- Pues inmediatamente atadme bien de pies y manos al doctor; aquí en esta silla... **(BARTOLO quiere huir, y LUCAS y GINÉS le detienen.)** Pero, me le habéis de ensogar bien fuerte.

GINÉS.- Pierda usted cuidado. Vamos, señor don Bartolo. **(Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan a ella, dando muchas vueltas a la sogá.)**

DON JERÓNIMO.- Voy a buscar aquella bribona... Voy a hacer que avisen a la justicia, y mañana sin falta ninguna, este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre hija, asómate a la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razón. Y vosotros, no perdáis de vista a ese perro. **(Se va DON JERÓNIMO por la derecha y ANDREA por la izquierda. LUCAS y GINÉS siguen atando a BARTOLO.)**

### *Escena VIII*

BARTOLO, LUCAS, GINÉS, MARTINA

GINÉS.- Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS.- ¿Y no sabes que el amiguito éste, había dado en la gracia de decir chicoleos a mi mujer?

GINÉS.- Anda, que ya las va a pagar todas juntas.

BARTOLO.- ¿Estoy ya bien así?

GINÉS.- Perfectamente.

MARTINA.- **(Sale por la puerta de la derecha.)** Dios guarde a ustedes, señores.

LUCAS.- ¡Calle, que está usted por acá! ¿Pues qué buen aire la trae a usted por esta casa?

MARTINA.- El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO.- Aquí está tu marido, Martina; mírale, aquí le tienes.

MARTINA.- ¡Ay, hijo de mi alma! **(Abrazándose con BARTOLO.)**

LUCAS.- ¡Oiga! ¿Conque ésta es la médica?

GINÉS.- Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS.- Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.- ¿Qué está usted ahí diciendo?

BARTOLO.- Sí, hija mía, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA.- ¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.- ¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera excusar, pero se han empeñado en ella.

MARTINA.- ¿Pero, por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO.- Ése es cuento largo. Porque acabo de hacer una curación asombrosa, y en vez de hacerme protomédico, han resuelto colgarme.

### *Escena IX*

DON JERÓNIMO **sale por la puerta de la derecha**, y ANDREA **por la izquierda**. ANDREA, BARTOLO, LUCAS, GINÉS, MARTINA

DON JERÓNIMO.- Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio a Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia, y cargará con este bribón... ¿Y tú qué has hecho, los has visto?

ANDREA.- No, señor, no las he descubierto por ninguna parte.

DON JERÓNIMO.- Ni yo tampoco... He preguntado y nadie me sabe dar razón... Yo he de volverme loco... **(Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.)** ¿Adónde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo?

### *Escena X*

DOÑA PAULA, LEANDRO, **salen los dos por la puerta del lado derecho**. DON JERÓNIMO, BARTOLO; ANDREA, LUCAS, GINÉS, MARTINA

LEANDRO.- Señor Don Jerónimo.

DOÑA PAULA.- Querido padre.

DON JERÓNIMO.- ¿Qué es ésta? ¡Picarones, infames!

LEANDRO.- **(Se arrodillan a los pies de DON JERÓNIMO.)** Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos a Buytrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tío no desaprueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada a su hija de usted; que esto no sería decoroso ni a su honor, ni al mío. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta a hacer lo que usted la mande; pera le advierto, que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante a quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

DON JERÓNIMO.- Amigo, yo estoy muy atrasado, y no puedo...

LEANDRO.- Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA.- Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es a mí, no a su dinero de usted.

DON JERÓNIMO.- **(Alterándose.)** Su dinero de usted, su dinero de usted. ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.- Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice a usted que no le pediremos nada.

DON JERÓNIMO.- Ni un maravedí.

DOÑA PAULA.- Ni medio.

DON JERÓNIMO.- Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, badulaques?

LEANDRO.- Mi tío. ¿Pues no ha oído usted que aprueba este casamiento? ¿Qué más he de decirle?

DON JERÓNIMO.- ¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposición?

LEANDRO.- Sí señor, yo soy su heredero.

DON JERÓNIMO.- ¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.- ¡Ay! No señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un día a otro...

DON JERÓNIMO.- Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer! Con que... **(Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.)** Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.- Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA.- Usted nos hace completamente felices.

BARTOLO.- ¿Y a mí quién me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

DON JERÓNIMO.- Soltadle.

LEANDRO.- ¿Pues quién le ha puesto a usted así, médico insigne? (**Desatan los criados a BARTOLO.**)

BARTOLO.- Sus pecados de usted, que los míos no merecen tanto.

DOÑA PAULA.- Vamos, que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle a usted el favor que nos ha hecho.

MARTINA.- ¡Marido mío! (**Se abrazan MARTINA y BARTOLO.**) Sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que a mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO.- ¿A ti? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.- Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

GINÉS.- Y yo, porque ella lo dijo, lo creí.

LUCAS.- Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

DON JERÓNIMO.- Y yo, porque estos lo dijeron, lo creí también, y admiraba cuanto decía como si fuese un oráculo.

LEANDRO.- Así va el mundo. Muchos adquieren opinión de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demás.

## FINAL